

«Su vacante fue ocupada —se refiere a la de la embajada de Berlín— por un tal Luis Araquistain, redactor de un diario jabalí». Lo que sigue no hay por qué transcribirlo.

Del análisis de Marta Bizcarrondo, tan objetivo y claro cuanto el más exigente analista puede pedir, se desprende que el talento crítico de Araquistain y su capacidad para articular en esquemas teóricos, persuasivos y eficaces, la complejidad de la realidad política, era excepcional, aunque a veces este talento se limitaba o anulaba por la introducción de elementos irracionales. La crítica a la sociedad burguesa y concretamente a la sociedad burguesa española es valiosa, pero a veces el propio proceso analítico le lleva demasiado lejos y pone en tela de juicio las propias instituciones democráticas. A veces se pregunta para qué sirve el Parlamento y entra incluso en la paradoja. Desde aquí también podía inducirse la ausencia de una textura realmente revolucionaria, tanto intelectual como psicológica, en el caso de Araquistain. Los elementos psicólogos intervienen con demasiado peso en la crítica y en las conclusiones e interrumpen a veces la objetividad del análisis.

«Leviatán», y concretamente Araquistain, consiguieron fomentar el conocimiento del marxismo y la crítica marxista. Crearon algo semejante al esbozo de un escuela, de lo que puede ser testimonio excepcional Ramos Oliveira que, a juicio de Bizcarrondo, es el colaborador que con más precisión ajusta sus ensayos al análisis político de Araquistain (pág. 233).

De muchas más cosas se podría hablar al socaire de las reflexiones que la lectura de este libro promueve. Un tema de gran interés sería el de las relaciones con Largo Caballero, el grupo largocaballerista y la polémica con Indalecio Prieto. Es cuestión de modo especialmente interesante, en cuanto plantea un problema permanente: el socialismo revolucionario contra el socialismo de compromiso. El tema se repite infatigablemente y parece que constituye un elemento de cierta permanencia en el proceso dialéctico del socialismo y cabe sospechar que, hasta que las condiciones objetivas no provoquen un salto cualitativo, la disensión ha de seguir. En tiempo de Araquistain tales condiciones no se daban y quizás esto explique que, en el exilio, Araquistain

se refugiase en la madriguera siempre cómoda de la revisión marxista de acuerdo con la socialdemocracia.

Espero que el lector haya apreciado a través de lo que he dicho la riqueza de hechos, el valor teórico y el insustituible puesto que en la investigación sobre el socialismo español corresponde al excelente libro de Marta Bizcarrondo. ■ ENRIQUE TIERNO GALVAN.

LA INFLUENCIA DEL POSITIVISMO

Y la sociedad española, esa dama frágil y asustadiza, se puso a gritar. El fantasma del positivismo, personaje cortés y bien recibido en Francia, acababa de mostrar su sombra. Una sombra amable, una sombra seductora. Pero la vieja dama no estaba para seducciones: no estaba para nada. Sin embargo, de esta presencia tenue —visita discreta— indudablemente algo quedó.

Diego Núñez, profesor adjunto de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, con la reciente publicación de su libro «La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis» (1), sale al paso de lo que él califica de «menguada atención analítica y bibliográfica» por parte de la historiografía contemporánea acerca de la presencia del fenómeno positivista en el pensamiento español decimonónico. Según Núñez, con relación al positivismo, se ha producido un auténtico efecto de «guadianización», ocultador de toda una corriente de pensamiento entre el anterior fenómeno del krausismo y el posterior de las Generaciones de 1898 y 1914, los cuales han tenido mejor suerte y han recibido una más amplia atención.

Sin embargo, ignorar la incidencia del pensamiento positivista en la vida cultural y política del último cuarto de siglo en España, hace difícilmente comprensibles determinadas posturas que van a adoptar los componentes de la Generación del 98 y toda la posterior evolución filosófica, científica, política y social de las primeras décadas de nuestro siglo.

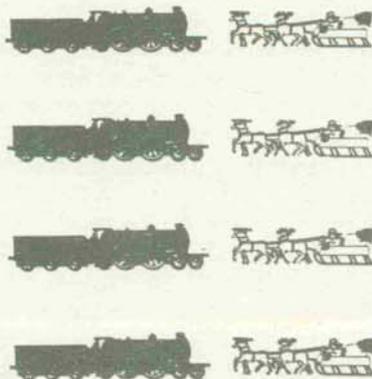
En España los alientos positivistas contaban, decididamente orientados a consolidar unas estructuras sociales y a ejercer un papel organizativo y dinámico, en definitiva creador y no destructivo que se puede resumir en la frase «orden y progreso», soplaban a contrapelo. Sin las firmes bases de que gozaban en el vecino país: un nuevo Orden burgués poderoso y un ascendente desarrollo científico —centrado primordialmente en la nueva ciencia de la Naturaleza con su lógica proyección en la tecnología—, el positivismo, favorable brisa en Francia, se temía que fuese un huracán en España.

De ahí que a pesar de las muestras tranquilizadoras que se esforzaban en dar positivistas, como Estasén, en el Ateneo de Barcelona («El positivismo no es lo que generalmente algunos creen, la negación de los grandes principios del orden moral, sino por el contrario, una filosofía que si en algo puede tildarse es por lo que se refiere a su escrupulosidad y mesura; de espíritu antirrevolucionario y esencialmente conservador, en el buen sentido de la palabra»), en el Ateneo madrileño se discutiese acaloradamente y con recelo si «el actual movimiento de las ciencias na-

De ahí que a pesar de las muestras tranquilizadoras que se esforzaban en dar positivistas, como Estasén, en el Ateneo de Barcelona («El positivismo no es lo que generalmente algunos creen, la negación de los grandes principios del orden moral, sino por el contrario, una filosofía que si en algo puede tildarse es por lo que se refiere a su escrupulosidad y mesura; de espíritu antirrevolucionario y esencialmente conservador, en el buen sentido de la palabra»), en el Ateneo madrileño se discutiese acaloradamente y con recelo si «el actual movimiento de las ciencias na-

la mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis

ECO NUÑEZ RUIZ



TUCAR EDICIONES

(1) Diego Núñez: «La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis». Túcar Ediciones, Madrid, 1975. 278 págs.

turales y filosóficas en sentido positivista constituyen un grave peligro para los grandes principios morales, sociales y religiosos en que descansa la civilización».

¿Por qué, entonces, después de este inicial rechazo tirios y troyanos, es decir, conservadores y demócratas, se apuntan con cierto fervor al positivismo? Son esclarecedoras en este sentido las palabras de otro positivista, el crítico Manuel de la Revilla, que insistía en los debates del Ateneo madrileño del curso 1875 - 76 en que el positivismo es a la vez «liberal y conservador: liberal, porque reconoce la imperfección de muchas instituciones jurídicas y aspira a reformarlas y ponerlas en armonía con las necesidades de la naturaleza humana y de la justicia; conservador, porque sabe muy bien... que las reformas han de ser suaves transformaciones y no revoluciones violentas».

En 1875, España acababa de salir exhausta y frustrada del sexenio revolucionario. Experiencia que puso en crisis toda una serie de ideologías y que llevó a la liquidación de unos modos de pensamiento y a su sustitución por una nueva mentalidad de recambio. Esto es, el idealismo metafísico y el romanticismo fueron sucedidos por la mentalidad positiva.

En el cambio cada cual va a tratar de asumir aquellos aspectos del positivismo que le son más próximos y que no suponen una ruptura demasiado dolorosa con sus anteriores postulados. Así, los conservadores se aferrarán a las ideas de «orden» y «defensa de la sociedad», mientras que los demócratas van a abandonar las posturas utópicas y jacobinas para pasar a defender fórmulas de «democracia gubernamental» de acuerdo con un realismo posibilista, «buscando en instancias científicas la orientación y guía de la praxis política».

El positivismo, pues, va a configurar en términos generales un intento de racionalización y modernización de la sociedad española. Y en esta línea, la creación en 1884 de la Comisión de Reformas Sociales, por iniciativa de Moret, es un ejemplo de la plasmación práctica de esta corriente de pensamiento en el aspecto social.

También en el terreno científico el positivismo va a influir benéficamente, impulsando a la ciencia a seguir por la vía de la investigación riguro-

sa, según un espíritu basado en la observación y en los métodos emíricos; si bien —a veces— ésta cae en el esquematismo reduccionista. La filosofía, por su parte, salva distancias, suprimiendo los viejos antagonismos, e inicia una nueva andadura, ostentando ahora como timbre de honor el caminar al lado de la ciencia en armoniosa compañía.

Según Diego Núñez, si el pensamiento positivo no alcanzó mayores logros, «...condenado a ser en gran parte un fenómeno importado y mimético, cultivado habitualmente por una minoría ilustrada con afanes de modernización y puesta al día intelectual», fue debido a la falta de un mínimo de transformaciones en la sociedad española «que permitieran identificar la filosofía positiva con los intereses nacionales» ■ JOSEFINA PASCUAL.

APROXIMACIONES A NUESTRO PASADO INMEDIATO

José Antonio Gómez Marín es conocido de los lectores de esta revista, que contó en su primer número con un trabajo suyo («Los fascistas y el 98»), muy discutido. Este trabajo puede considerarse, precisamente, como paradigmático del modo de hacer y de la dedicación (o dedicaciones) de Gómez Marín.

Busca el autor un tiempo que suele ser el del siglo XIX, antecedente de nuestros días, clave a veces para conocer la realidad de ahora. Y a este pasado se acerca en unas ocasiones como crítico literario o buceador en la sociología de la literatura; en otras, como historiador. Aunque el camino sea diferente, el destino es idéntico: nuestro pasado, la búsqueda de nuestras señas de identidad.

La herramienta empleada es, asimismo, idéntica. Un lenguaje culto y elegante, con la justa dosificación anecdótica para evitar caer en la por desgracia frecuente pesadez de tantos historiadores y con la intención también de que ese anecdótico sea fuente de deducciones y de ejemplificación. Es ameno, pero no trivial; divulgador, pero no vulgar y pedestre.

JOSE ANTONIO GOMEZ
MARIN
APROXIMACIONES
AL REALISMO ESPAÑOL
CASTELLOTE EDITOR



Su último libro (**«Aproximaciones al realismo español»**, Castellote editor) ilustra muy bien lo que hemos dicho anteriormente. Gavilla de trabajos periodísticos, de los que no están ausentes aportaciones originales en el enfoque o en el dato, Gómez Marín trata en ellos de la generación del 68, de la Restauración, del 98, de los fascistas o fascistoides de los años republicanos... La interpretación de nuestro siglo XIX es relativamente unitaria, en lo que respecta a lo literario y, por extensión, en lo más específicamente histórico («no se entenderá la entera historia literaria del XIX español mientras no sea capaz alguien de atrillarla en una interpretación unitaria»). Por ejemplo, a propósito de la obra del primer Baroja, señala cómo la conciencia de crisis y los mismos proyectos «regeneradores» son anteriores, incluso, a la revolución de 1868; y no, por tanto, planta nacida en el «humus» del desastre noventa y ochista... Es el acontecer histórico de ese siglo un acontecer dramático e inestable, tocado de ala en su viaje por la ausencia de un partido conservador en el sentido europeo (idea en la que G. M. sigue a Maravall), con un moderantismo insuficiente que trata en vano de llenar ese vacío y que se inclina por la reacción más o menos descarada tan pronto la situación se planteaba difícil. Es D. Juan Valera personaje representativo de esta tendencia y de sus contradicciones. A ellas tampoco fue ajena la naciente burguesía, cuya escala de valores supo expresar Leopoldo Alas...